

# EL BALUARTE

Subscription:—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—  
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7/6  
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.  
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 219.

Sevilla.—Lunes 24 de Septiembre de 1900

AÑO XXIV.

## El manifiesto republicano

¡Ya era hora! Al fin el Directorio republicano ha firmado y acordado publicar el Manifiesto que se dirige á los correligionarios y á todos los españoles.

Los periódicos de Madrid lo publicarán, suprimiendo algunos párrafos de tonos muy enérgicos y muy levantados que dicen contiene los que conocen este nuevo documento. Le comentaremos cuando le conozcamos.

Acaso hubiera sido más conveniente su publicación en Junio, pero nunca es tarde si la dicha es buena.

Pero publicado en Junio, ó publicado en Septiembre, el Manifiesto no tendrá la resonancia de vida ni influirá en la suerte del partido republicano, ni en los futuros destinos de España, si tras de una enérgica condenación de toda la política monárquica de veinticinco años, no viene una honrada manifestación de los errores cometidos por los directores del partido republicano, y un propósito firme de corregirlos, demostrando con hechos las palabras.

Los que quisieron hacer la revolución de España llamando sólo á los cuarteles. Los que pretendieron conquistar la República por la evolución. Los que afirmaron que con manifiestos, mítins y otros procedimientos legales, nos llevarían al triunfo de puestros ideales, todos se han equivocado, como se equivocaron también que sólo confiados en la reforma política podríamos conseguir la destrucción de nuestros enemigos. A todos los que así pensaban les ha arrollado la revolución mansa, les ha destruido y arrinconado esta oligarquía mística-hipócrita y descreída que ha imperado en este último período de monarquía restauradora.

La reforma política es de todo punto indispensable, no sólo para establecer definitivamente imperio de los derechos del ciudadano, sino para garantizar la justicia y el respeto á la ley, para arrojar del territorio español á esa plaga de hábito y cogulla que todo lo domina; pero no es menos necesaria la reforma económica que vigorice el crédito y garantice, efectivamente que es lo que tenemos, de qué medios de vida podemos disponer y cuáles son las atenciones preferentes y justas á que debe atender en primer término el Estado español.

La transformación social, en sus múltiples aspectos, debe acometerse, sobre todo, en lo que afecta al problema obrero, tanto industrial como agrícola, hoy más apremiante que nunca, porque la miseria llama á las puertas de millares de familias, por consecuencia de la torpe perturbación ocasionada por estos gobiernos sin conciencia que han resuelto todos los problemas con imposibles concesiones para salir del paso por el momento.

Si el Manifiesto significa todo esto, y si el Manifiesto contiene el compromiso de honor de ir inmediatamente á vías de hecho para cumplir los ofrecimientos llamando á las puertas de los ciudadanos, entonces puede producir honda sensación, y el país confiará en que el partido republicano es una esperanza del presente y una realidad para la futura regeneración de España.

Si no es así, y se insiste en el sistema y en los procedimientos viejos, esperándolo todo de un soldado de fortuna, valiera más que no se publicara.

España necesita libertad, trabajo, aborro y grandes energías; sobre todo, hombres de independencia, de carácter, y lo suficientemente enérgicos para deshacer toda la obra de la restauración y hacer una cosa completamente nueva, caiga el que caiga.

El que no se sienta con fuerza para empresa tan grande, que no se engañe á sí mismo ni engañe al país.

Nada podemos esperar de las Cortes; muy poco podemos prometernos de la propaganda. Todos estos son ya recursos gastados por lo viejos y usados, por lo que se ha abusado de ellos.

Que el Manifiesto sea el toque de atención para llamar al pueblo republicano á ocupar su puesto, para reivindicar los derechos del ciudadano y para devolver la salud á la Patria, transformando completamente todas las instituciones

y destruyendo esos regeros de injusticia y de vergüenza que deja tras de sí el tristísimo y desacreditado régimen, con el que todo lo hemos perdido.

A. A.

## Murmuraciones

El Sr. D. Arsenio Martínez de Campos, capitán general de los ejércitos españoles, é ilustre personaje á quien la nación tiene que agradecerle la restauración borbónica, y por ende lo que, por consecuencia de ella, ha sucedido en España, ha fallecido, después de confesar con el Arzobispo de Santiago de Cuba—porque aunque ya no haya Santiago de Cuba, obispo sí lo hay, y cobra como tal—y después de haberse pedido á Roma la bendición más cara que tuvieran á mano.

¡Da grima leer los periódicos!

Silvela, muy afectado.

Dato, con alfercía.

Azcárraga, entonando el *Kirie-Eleyson*.

Las instituciones, anegadas en tristísimo llanto.

¡Todo Dios lleno de honda tristeza!

El único que se habrá alegrado un poco es el presupuesto nacional.

¡Que se descarga de una buena sumal!

—

Nosotros... conceptuamos el suceso muy natural.

Sabíamos de sobra que dicho general había de morir más tarde ó más temprano, y no nos ha dado alegría—¿por qué?—ni nos ha causado tristeza.

España le tiene que agradecer bien poco á dicho señor.

Como hombre político—aunque tenía el inapreciable dón de la sinceridad y de la franqueza—fue un hombre funesto para la patria, entronizando el más escandaloso favoritismo en las filas del ejército, solucionando todas las cuestiones con arreglo á su capricho y conveniencias.

No fué digno de admiración, ni como político ni como guerrero.

Antes que servir á la patria, sirvió al rey.

Estele pagó en buena moneda, porque le concedió toda clase de preeminencias, entre ellas la de ejercer la tutoría real.

No obstante la altura en que se hallaba, era de natural modesto y sencillo, demostrándolo al no admitir para él títulos de ninguna clase, excepción de aquellos que le correspondían por su carrera.

Tenemos la creencia de que ha muerto un hombre liberal, y por ello lo sentimos.

Dentro de esa legión de gobernantes y políticos sin creencias de ninguna clase, el general que acaba de fallecer era un garbanzo negro.

La monarquía ha existido en España por él, y exclusivamente por él. Era monárquico sincero, y por la monarquía estaba siempre dispuesto á hacer el último sacrificio.

¿Quién lo reemplazará?

Cualquiera que sea, carecerá de las simpatías naturales que tenía dicho general.

—

El general Martínez Campos ha pasado ya á la historia, y ella será la encargada de juzgarle.

Doblen las campanas todo aquello que deban con arreglo al estipendio que señale la familia del difunto y los amigos ó servidores agradecidos. Canten responso y funerales...

Por mucho ruido que se haga para turbar el solemne silencio de esa tumba que acaba de abrirse y de cerrarse, la figura no se agrandará más.

Ni la ciencia, ni la filosofía, ni el arte de la guerra, ni la diplomacia política, ni ningún otro ramo del saber humano, pierden nada con la muerte de ese hombre, que si en vida tuvo el predominio de todas las grandezas y vanidades, en muerte gozará del olvido más piadoso.

Nosotros nos descubrimos ante el cadáver del hombre sincero.

Peró nada más.

No queremos mentir ante su cadáver, respetándolo así más y mejor que toda esa serie de chavacanos aduladores que le mantuvieron en vida, y le siguen mintiendo en muerte.

¡Descanse en paz!

—

Sigue lo de Barcelona presentando mal cariz,

y cerrándose las fabricas,

y el pobre pueblo á decir que va á pasar algo grave si no mandan pan allí.

El gobierno se ha acogido á lo de siempre, al fusil...

¡y cuando venga el invierno veremos cuál es el fin!

Aviso á los padres de familia.

Juan Ordóñez Guerrero, vecino de Bollullos del Condado, queriendo educar á su hijo, y dejándose llevar de consejos de las *personas piadosas*, lo trajo á Sevilla, dejándolo instalado en el colegio de los padres Salesianos, de estos virtuosísimos padres que han venido á Sevilla á arruinar la industria, á explotar la enseñanza y la juventud y á dar fiestas y *saraos* con los muebles del Ayuntamiento, sin pagar un céntimo de contribución.

Pues bien; Juan Ordóñez Guerrero, ateniéndose estrictamente al Reglamento de los pobres padres, que ordena que cada alumno lleve equipaje para toda una familia, se gastó en Sevilla mil y pico de reales en ropa para su hijo sobre la que traía de casa.

El chiquillo, como es natural, ni sabía nada, ni aprendía nada, ni adelantaba nada, si no era perderle el cariño á sus padres y obligarles á traer dinero.

El padre abre los ojos; se convence de que su hijo va por mal camino, viene á Sevilla, lo reclama, reclama también el inmenso equipaje... y de éste no parece más que la mitad.

La manta nueva, los zapatos nuevos, las toallas nuevas... todo ha desaparecido.

Pero, en cambio, ¡cuánta amabilidad en los padres!

—¡Usted dispense! Todo lo nuevo que traía el chico se ha extraviado; no se encuentra más que lo viejo. Se lo juramos á usted por la memoria de nuestro D. Bosco.

—¡Esto es un abuso de confianza!—grita el padre.

—No señor—dicen los salesianos—eso es... una pérdida. Nosotros quisieramos encontrarlo, pero no parece. Ahí tiene usted lo que ha quedado.

Y el padre del chico, D. José Ordóñez Guerrero, viene á la redacción de EL BALUARTE á contarnos lo sucedido, ó dejarnos su firma, á llamar á los padres salesianos... lo que son.

Y nosotros le decimos:

—Bien empleado le está á usted. ¿Por qué ha sido tan cándido que ha llevado su hijo á los salesianos para que allí pierda el tiempo y... la ropa?

—¡Tiene usted razón!—nos contesta.—Pero haga usted la denuncia, que aquí estoy yo para responder, y que otros padres no sean explotados como yo lo he sido.

Queda complacido el Sr. D. Juan Ordóñez Guerrero, vecino de Bollullos del Condado.

Que conste que no atestiguamos con muertos.

—

Explicaciones interesantes acerca del sobre moneda:

«Para facilitar el servicio de la libre circulación de monedas por correo entre todos los pueblos, aldeas y caseríos de España, se han establecido unos sobres monederos de gran utilidad para cuantas personas tengan necesidad de utilizar el mencionado servicio.

La empresa arrendataria del *Sobre monedero* dice que éste puede adquirirse por la cantidad de 25 céntimos en todos los estancos.

Colocando en el sobre cantidades menores de cincuenta pesetas, y después de lacrado y franqueado, se entrega en la administración de Correos, y en el pueblo donde no lo haya, al cartero rural ó al peatón, é inmediatamente se remite á su destino.

Y si, apesar de todos esos requisitos, el sobre no llega, ó llega con dolor de estómago... el interesado reclamará.

Y á los dos años justos se resolverá la reclamación en favor ó en contra.

Según las influencias que se pongan en juego.

—

Madrid, la Corte de España, ensalzada y poetizada por Dionisio Pérez:

«Esta es la gran Dinamarca, donde Hamlet olla. Tod está aquí perdido. Hieden los campos, las calles y las casas; hieden las personas y las cosas; hieden las conciencias... ¿Qué teme dió habrá para tamaños males?»

Taparse las narices, ó vivir con resfriado perpetuo.

Y sigue Dionisio:

«Regocíjase los madrileños netos bajando frecuentemente al Rastro, y recorriendo la calle de Embajadores en busca de las zaragateras chilapas que se erian en los barrios bajos, según afirman los que dicen haberlas visto, que yo juro no haber encontrado más que mujeres vulgárisimas, con gracejo aprendido, desarrapadas y chancleteras, con todos los síntomas de ser por fuera y por dentro unas grandísimas puercas. Pero... ¿ustedes saben á qué huele el Rastro, almacén de toda inmundicia, depósito de toda suciedad y hervidero de todo lo putrefacto, roto é inservible?»

¡A Silvela! ¿A qué ha de oler?

Siendo hervidero de todo lo putrefacto, roto é inservible... á Silvela nada más.

—

La calle Reina Regente,

que es una calle de Málaga,

la tiene el Ayuntamiento

sin alumbrado ni nada.

La prensa todos los días

se queja con voces claras,

y la calle susodicha

siempre sigue como estaba.

Esto es un signo muy malo

para la suerte de España.

¡Cuando la dejan á obscuras

es que la cosa está mal!

La calle Reina Regente,

que es una calle de Málaga,

la tiene el Ayuntamiento

sin alumbrado ni nada.

La prensa todos los días

se queja con voces claras,

y la calle susodicha

siempre sigue como estaba.

Esto es un signo muy malo

para la suerte de España.

¡Cuando la dejan á obscuras

es que la cosa está mal!

—

El País contra Silvela:

«Estamos, pues, condenados á Silvela perpetuo. El lo sabe. Y por eso abusa del poder. Su administración es la inmoralidad, el desbarajuste, la mentira, el engaño, la imprevisión, el cinismo.

Hace y deshace ministros y directores desorganizando la administración. En su breve reinado ha habido dos sistemas de Hacienda, dos de Guerra, tres de Instrucción pública, dos de Marina, cuatro de Gracia y Justicia. Eso es un barullo horrible, en lo que perece lo poco que había ordenado de servicios públicos.

Tiene enfrente á todas las clases sociales: comerciantes, agricultores, industriales. No hay problema por él planteado que no se resuelva en perturbaciones del orden público.

Vive en pleno estado de sitio y de suspensión de garantías; lo que no obsta para que á la anarquía mansa del trabajo nacional se unan los aridos del separatismo.

Ha entregado á España al clericalismo y á la plutocracia. Banqueros y obispos, negociantes y frailes, monopolios y conventos, devoran al país, bailan un fandango pornográfico sobre las ruinas de España.»

¿Pornográfico?

Aquí de la Sección de Higiene.

De Higiene republicana.

Y á quitar de enmedio todas esas vergüenzas.

—

¿Qué les parece á ustedes?

«La suscripción abierta en Bilbao para los artilleros heridos al hacer las salvas con motivo de la fiesta de Begona, ha producido 1,250 50 pesetas, que han sido entregadas al general gobernador militar de aquella plaza.»

La suscripción para los artilleros, mil pesetas.

La suscripción para la Virgen, un millón de pesetas.

¡Si este es un país más cristiano, más cristiano!

CARRASQUILLA.

—

Camino de obstáculos

—

Después del desdichado viaje marítimo en que tantos desaciertos como pruebas de cobardía ha realizado el Gobierno, comienza para el ministerio un camino de dificultades y de peligros que muy bien pueden dar al traste con el Sr. Silvela y con la Unión conservadora.

Villaverde insiste en su candidatura y amenaza con tirar á tierra el endeble edificio conservador si no se cumple con el compromiso solemne que contrajo con el exministro de Hacienda su antiguo amigo y presidente. Pretende también el exministro combatir todo propósito que signifique aumento de gastos. Pidal, encariñado con la poltrona presidencial, no quiere soltarla; y como no hay más que una campanilla, uno de los dos personajes ha de quedar desairado. Ahora lo que hace Silvela es ver quién tiene más fuerza de los dos para apoyar la solución del que más pueda.

El problema matrimonial ofrece cada día mayores peligros y dificultades, porque todas las minorías (excepción hecha de la gamacista) son decididos adversarios del enlace proyectado. En el seno del Gobierno hay quien afirma que no podrá ser ministro cuando se trate en serio de esta cuestión.

Los marinos apremian al Sr. Silvela de un modo tal, que el prisionero del ministerio de Marina no sabe á qué carta quedarse, y con habiéndoles y recursos va saliendo del paso lo mejor que puede. Pero llegará el momento de satisfacer la letra aceptada, y como no podrá pagarla, el hombre tendrá que marcharse.

El presupuesto de la guerra produce muchas zozobras al flamante presidente.

La cuestión obrera, más grave cada día y erizada de dificultades, no acierta con la solución, porque agotados los recursos de la componenda, ya no tiene medios de hacer frente al conflicto.

¿Por qué no ha ido Silvela á San Sebastián? Para el Presidente del Gobierno hubiera sido muy difícil su posición en la Corte durante la permanencia del enviado extraordinario del rey de Italia, y ha demorado otros asuntos graves que á San Sebastián le llamaban desde hace una

semana, por no coincidir con el ministro italiano ni con el enviado extraordinario.

Nubarrones por todas partes, fuertes vientos, sacudidas violentas, y ese rumor sordo y persistente precursor de vecina y tremenda tempestad que se viene sobre el Gobierno y que difícilmente podrán conjurar sus amigos, sus aliados y sus protectores.

Diferirá cuanto pueda con especiosas excusas la reunión de Cortes, pero es deber obligado al que no puede sustraerse, y sus mismos cómplices se pronunciarán contra su torpe gestión y harán caso a las minorías que pretenden concluir con la vida del Gobierno.

Los republicanos, espectadores de este movimiento dirigido a concluir no más que con la vida del Gobierno, atentos debemos seguir el desarrollo de la comedia y preparar nuestros medios de defensivos y ofensivos, para aprovecharnos en todo momento de cualquier portillo que se haga en el edificio gubernamental, para que no puedan tranquilamente resolver los compadres otra nueva crisis con engaño de los intereses del país y con menosprecio de todos los sacros elementos nacionales. Cuando el conflicto estalle, nuestra intervención debe promoverse inmediatamente y combatir contra los que aspiren a sucederles, porque no debemos tolerar que el heredero recoja la herencia.

Cumplidos todos los plazos y apuradas todas las desdichas, ha llegado el momento de dar señales de vida.

A.

## EL GENERAL MARTINEZ CAMPOS

«Ha fallecido en Zarauz el capitán general de ejército D. Arsenio Martínez Campos. Recibió la Unción; pero no hizo testamento, limitándose a decir a sus íntimos que su esposa era sabedora de su última voluntad.»

### APUNTES BIOGRÁFICOS

Don Arsenio Martínez Campos era natural de Segovia, donde nació el 14 de Diciembre del año 1831.

Cursó los estudios militares en la Academia de Estado Mayor, y siendo teniente de este cuerpo, marchó a la campaña de Africa, donde fué herido a las órdenes del general O'Donnell, ascendiendo allí a comandante por gracia general.

Destinado al ejército de Cuba en 1864, permaneció seis años en aquella isla, siendo promovido a brigadier por sus servicios contra los insurrectos.

Gobernador militar de la provincia de Gerona en 1873, el Gobierno de la República, por decreto de D. Estanislao Figueras, promovióle a mariscal de Campo, en atención a sus servicios relevantes.

En 23 de Julio del mismo año le confirió Salmerón la capitana general de Valencia y el mando del ejército de operaciones de aquel distrito.

Situada Valencia, con las escasas fuerzas que contaba, penetró en la plaza el 6 de Agosto, después de un horroroso bombardeo.

Capitán general de Cataluña en Diciembre del 73, tomó parte activa en los sucesos de Barcelona, Sans y Sarriá, en Enero del 74, presentando después su dimisión al regente del reino, general Serrano.

De cuartel en Madrid, y pensando siempre en la restauración de D. Alfonso, cuyos trabajos algo en contra de la opinión del ilustre estadista D. Antonio Cánovas del Castillo, venía activando algún tiempo, salió de Madrid al recibir una carta del brigadier Daban, a las órdenes entonces del general Jovellar, en la que le prevenía fuese donde aquéllos se encontraban para secundar una operación combinada contra los carlistas.

Llegó a Sagunto, púsose al frente de la brigada que mandaba D. Antonio Dabán, y en aquellos campos, siempre célebres en nuestra historia, proclamó rey constitucional de España a D. Alfonso XII.

Con Jovellar entró el general Martínez Campos en Valencia la noche de la proclamación, y al día siguiente salían para Madrid acompañados de una representación del ejército del Centro.

A los pocos días se le nombró capitán general de Cataluña y general en jefe de aquel ejército de operaciones, rindiéndosele la plaza de la Seo de Urgel en Agosto del año 1875.

Por la pacificación de Cataluña se le concedió la gran cruz de San Fernando.

Destinado en 1876 a mandar uno de los ejércitos del Norte, batió en repetidas ocasiones a los carlistas, dando muestra de ser un gran estratégico y de tener indomable valor, consiguiendo la pacificación de aquellas provincias.

A fin de dicho año fué nombrado capitán general de ejército.

En el año siguiente marchó a Cuba con el ejército de 25,000 hombres que se envió para

dominar la insurrección. Pacificada la isla volvió a España, otorgándosele el Toisón de Oro.

Ha sido dos veces ministro de la Guerra y jefe del gobierno en 1879, aprobándose en su tiempo el decreto de abolición de la esclavitud.

Iniciada la formación del partido fusionista, formó parte desde un principio de su comité directivo, encargándose de la cartera de la Guerra cuando el partido fué llamado al poder.

Disentimientos con la marcha política del señor Sagasta hicieron que el general se separara de su política, poniéndose de nuevo al lado del señor Cánovas y del partido conservador.

Muerto el rey D. Alfonso XII, fué nombrado presidente del Senado en la legislatura que se convocó para la jura de la Constitución de la Reina regente.

Poco después fué nombrado capitán general de Castilla la Nueva, dimitiendo el cargo a consecuencia de negarse a recibir el santo de la infanta doña Eulalia en ausencia de la Regente.

En el año de 1893 fué nombrado capitán general de Cataluña en ocasión de acercarse el movimiento obrero de 1.º de Mayo.

Después de esta fecha, y como es sabido, tuvo lugar en Barcelona un atentado anarquista en una gran parada que se celebraba con motivo del santo de la reina, resultando herido el general Martínez Campos en una pierna por el casco de la bomba arrojada bajo las patas del caballo que montaba.

## De actualidad

### EL BANQUETE DE LOS ALCALDES EN PARÍS

#### ANTES DE EMPEZAR

París.—A las diez de la mañana han recorrido el local en que se ha de celebrar el banquete, los periodistas parisienses.

Todavía se trabajaba en el adorno de las mesas y se colocan banderas y trofeos en las paredes.

La tienda principal mide 500 metros de largo por 25 de ancho, y la más pequeña 250 por 12.

Debajo de estos inmensos toldos se extienden 605 mesas.

En cada mesa hay 36 cubiertos.

El total de comensales será de 21,861.

Cada cubierto se compone de un plato, servilleta, cubierto, copa para agua, copa para vino, copa para Champagne, copita para licor y taza de café.

En el centro alternan los frutereros, los ordubres, los platos con dulces, los mostaceros y las botellas de vino ordinario y de agua mineral. Los servicios son iguales en cada mesa.

En el extremo de las mesas hay unos tarjetones con los nombres de los departamentos a que pertenecen los alcaldes que han de sentarse. En el centro está el número de la mesa.

A lo largo de las paredes de las tiendas se ha puesto una triple fila de perchas.

Diez cocinas funcionan sin descanso, preparando 328 salmones enormes, 2,400 kilos de filetes, que se han sacado de 250 bueyes.

Hay cien cocineros, divididos en diez grupos: preparan 2,430 faisanes asados, disponiéndolos en mil fuentes con galantina. Otros cien acaban de arreglar en 2,000 salseras, 1,200 litros de mayonesa, y 5,000 platos de ordubres con manteca, salchichón, aceitunas, pepinos, que se están colocando en estanterías, donde están ya dispuestas mil ensaladeras con ensalada rusa.

Constantemente llegan coches con provisiones, frutas, pastelería, quesos, azúcar; y todo está preparado, dividido y clasificado admirablemente, para transportarlo con la máxima rapidez a los platos fruteros.

En 10 grandes calderas hierve el café, que pasa enseguida a unas marmitas de 50 litros cada una, donde se mantendrá en baño María hasta echarlo en las jarras en el momento de servirlo.

En tablas de madera se alinean millares de botellas de vinos finos, de aguas minerales, de liciores.

Hay además 50 barricas de Borgoña.

Las mesas están cubiertas por ocho kilómetros de manteles.

Las servilletas son 30,000.

El director del banquete, Mr. Legrand, en automóvil, recorre todas las tiendas, vigilando y ordenando los preparativos.

El total del personal del banquete es de unos 20,000 hombres.

Mil doscientos quince *maitres d'hotel* manda cada uno ocho dependientes.

En el centro de cada tienda se instala un *buffet* para los camareros, donde desde las primeras horas del día tendrán a su disposición vino tinto y blanco, cerveza, agua mineral, pan, carne fría, para que nadie toque antes del banquete los vinos y las viandas que están sobre las mesas preparados para los alcaldes.

El director Legrand ordenará el servicio de cada plato con timbres eléctricos, centralizados con un aparato especial.

En los alrededores de las Tullerías se agolpa un inmenso gentío que espera la llegada de los invitados.

LLEGADA DE LOS INVITADOS.—MR. LOUBET

A las once y tres cuartos llegó Mr. Loubet a las Tullerías.

Bajó del carruaje en la Plaza de la Concordia entrando en el salón, en el que aguardaban los ministros y los personajes que habían de ocupar sitios en la mesa de honor.

La música de la Guardia republicana tocó la Marsellesa.

La llegada de los alcaldes empezó a las diez, y a las doce todavía estaba invadida la terraza del Juego de pelota.

El decano de los alcaldes, Mr. Etienne Leduc (de Villiers-le Sec), que tiene ochenta y un años se sentará al lado de Mr. Loubet, con el conde Estanislao de Castellane, que es el más joven de los alcaldes franceses.

#### EL DISCURSO DE LOUBET

El presidente de la República, Sr. Loubet, en su discurso de bienvenida a los alcaldes, afirma que la reunión de hoy, exclusivamente nacional, es una manifestación en favor de la obra de pacificación que debe reunir a todos los buenos franceses.

Aceptamos, dijo, la eventualidad de ciertos cambios en las instituciones de la república; pero los principios de la misma son intangibles. Por esto no cesaremos de consagrar nuestros esfuerzos a realizarlos.

Cuando regreséis a vuestros pueblos, proclamad que seguimos guardando fidelidad al espíritu de la revolución; que nuestro patriotismo iguale a nuestro amor a la República; que queramos una Francia libre, fuerte, gloriosa, unida en el interior y respetada fuera por su genio, el poderío de sus armas y su amor sincero a la paz. Cumpliremos hasta su término nuestro mandato.

A nadie profesamos odio ni rencor y nuestra más acariciada esperanza consiste en ver a todos los franceses unidos en el mismo amor a la Patria y a la República.

#### LO QUE HA DICHO LA PRENSA

La prensa nacionalista ha procurado ridiculizar, quitándole importancia, al banquete, pero toda la opinión independiente aplaude la idea del gobierno.

Para los ministeriales y amigos del gobierno, el banquete es una gran manifestación plebiscitaria, una verdadera expresión de los sentimientos del país a favor de la República y del gobierno.

## El huevo de Pascua

### (CUENTO)

#### I

Tenía yo veinte años y era pasante en un colegio de Santevigne, antiguo pueblo situado en la margen izquierda del Ródano.

No hay que referir las circunstancias que me obligaban a desempeñar un cargo tan poco lucrativo y una situación que nada tenía de envidiable.

Sin embargo, confieso que la estancia en aquel colegio sombrío, establecido en un vetusto convento, acabó por serme en extremo grata. Y tan a gusto me hallaba en el establecimiento, que me llegué a olvidar del director y de mis alumnos, siempre díscolos y revoltosos. Y todo esto, se debía a que una mañana hice desde la ventana de mi cuarto un importante descubrimiento.

Esperaba yo la hora de bajar a la clase y me había asomado a contemplar el río, cuando de pronto ví abrirse una ventana de la casa de enfrente, en la que se presentó una mujer rubia de bellísimo rostro y de ojos verdaderamente encantadores.

Me quedé con la boca abierta. El corazón me palpitaba con violencia, como si fuera a estallar.

Pero a lo mejor de mi contemplación, sonó la hora de que fuese yo a cumplir con mi deber y no tuve más remedio que pensar en retirarme de la ventana.

De repente levantó mi vecina la cabeza y me vió. Yo me puse encarnado como la grana y me alejé precipitadamente.

A las pocas horas sabía ya quién era mi encantadora desconocida. No se trataba de ninguna duquesa, sino de una mujer de muy humilde condición. Se llamaba Marieta y era sobrina de un pastelero, establecido casi enfrente de nuestro colegio. No había entrado nunca en aquella tienda, y, en aquel momento, solo deseaba con quistar a toda costa la amistad del tío, como punto de partida para el buen resultado de la empresa amorosa que iba yo a intentar.

Y aquel mismo día dí comienzo al ataque.

A las seis de la tarde entré resueltamente en la pastelería, y desde el umbral de la puerta pedí veinte céntimos de pastillas de goma. Y así para dar cierto carácter de seriedad a mi petición.

La misma Marieta se presentó a servirme y se sonrió al entregarme el cucurucho de papel.

—Tome usted, señorita—le dije al darle los veinte céntimos.

—Muchas gracias, caballero—me contestó en tono sumamente afable.

Y me retiré, después de haber saludado al tío, que estaba leyendo un periódico en el fondo de la tienda.

¡No pueden figurarse mis lectores el número de pastillas que comí durante un mes!

Y no me atrevía a avanzar un solo paso ni a acudir al medio de escribir una carta a mi amada.

Es verdad que el tío me daba siempre los buenos días y que Marieta me saludaba también. Pero tenía miedo de todo: del director, de los vecinos, y principalmente de dos profesores muy bromistas, que a veces me miraban con un aire que no tenía nada de tranquilizador.

Llegó el domingo de Pascua y con él las vacaciones, que debían durar cinco días.

—¿Eres un hombre ó no?—decía yo para mis adentros.—Si lo eres, no tienes más remedio que seguir adelante.

#### II

Me desperté muy temprano, con el corazón henchido de alegría, y me asomé a la ventana a contemplar el paisaje.

De pronto llamaron a la puerta de mi cuarto y me volví bruscamente.

Abrí y se me presentó el portero del colegio, el cual me entregó sonriendo un paquete envuelto en un papel blanco.

—Me han dado esto para usted—me dijo.

El buen hombre se retiró inmediatamente, dejándome solo en mi habitación.

Desdoblé el papel, que contenía una elegante caja, que abrí en el acto, y en la cual ví... un huevo de Pascua sobre el que se leía esta palabra mágica... «¡Esperanza!»

Me quedé sorprendido, contemplando con honda emoción el regalo que acababa de recibir.

—¡Es de Marieta!—exclamé loco de contento.

Indudablemente había adivinado mi secreto, mi timidez y mi silencio, y me enviaba aquel presente para darme ánimos y corresponder a mi cariño.

Al cabo de una hora me dirigí a la pastelería, llevando en uno de los bolsillos de mi levita el huevo de Pascua.

Al pasar por la portería noté la presencia de los dos profesores, quienes me saludaron con la mano.

#### III

El pastelero estaba ante la puerta de su tienda y al verme me indicó que me acercara.

Confieso que tanta felicidad me ahogaba.

—¿A dónde va usted a esas horas?—me dijo tendiéndome la mano.

No supe qué contestar, y me puse a toser.

—¿Pero no se le cura a usted nunca ese mal duto catarro?—me preguntó el pastelero.

—No, señor. Y, a propósito, ya que estoy aquí, deme usted unas cuantas pastillas de goma.

—¡Pase usted!

Entré en la tienda y ví con asombro que no estaba allí Marieta.

El tío me sirvió las pastillas, y me dijo:

—Oiga usted, joven. ¿Qué tal ha resultado la broma?

—¿Qué broma?

—Sí, hombre. ¿No formaba usted parte del complot? Sus compañeros de usted me compraron ayer un huevo de Pascua para enviárselo, según me dijeron, a un amigo suyo, medio imbécil, para hacerle creer que el regalo procedía de una desconocida, por quien el muy estúpido suspira desde hace dos meses.

En aquel instante creí que iba a perder el sentido.

—Lo querían—añadió el pastelero—con una divisa especial, que la misma Marieta les proporcionó. Los profesores se lo contarán a usted mejor que yo. Y ahora voy a darle usted una noticia muy importante para mí. Mi sobrina se casa dentro de ocho días, y su futura familia ha venido a buscarla esta mañana.

El golpe fué para mí tan rudo, que caí desplomado en una silla, sin poder articular ni una palabra.

Me levanté a los pocos instantes y salí precipitadamente de la pastelería, para dirigirme a mi habitación.

Al pasar por la portería ví que aún estaban allí los dos profesores. Procuré afectar un marcado aire de indiferencia y subí la escalera cantando. Al llegar a mi habitación metí la mano en el bolsillo de mi levita para sacar el huevo de Pascua, y noté que el supuesto regalo de Marieta estaba hecho pedazos.

¡Indudablemente lo había aplastado al caer rendido, momentos antes, en la silla de la pastelería!

FERNANDO BEISSLER.

## Noticias locales

REDENCIÓN A METÁLICO  
Hé aquí la real orden que publica el *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra*: